

En un ámbito donde cada generación de escritores, aun los pertenecientes a grupos antagónicos, tienden a mimetizarse, a cerrar filas con sus congéneres, a ceñirse a temas y procedimientos formales consagrados por la tradición o la moda, resulta siempre una señal de excepcional salud el que algunos logren esquivar ese destino predecible. A partir del esplendor del *boom* y de su disolución grupal se creó un vasto yermo en nuestro continente, una atmósfera tris-tona y resignada, donde los autores nos esforzábamos más mal que bien en velar por la sobrevivencia de la narración en espera de que surgiera, se acumulara y se manifestase la energía necesaria para marcar nuevos caminos, reverdecer laureles, y estimular los talentos que habrían de asombrar al mundo con sus invenciones.

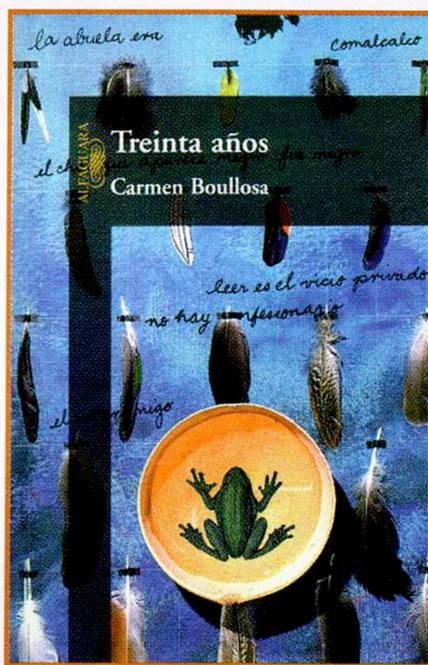
Llegó al fin el momento de la esperanza: los patitos feos presentaban síntomas de transformación. Luego todo se aceleró. Fue tiempo de metamorfosis. Entre las turbas infames de nocturnas aves, gimiendo tristes y volando graves, aparecieron deslumbrantes pavorrales, vivaces colibríes y afinadísimos ruisiñores. Por supuesto, los cuervos, zopilotes y cernícalos del pasado siguieron siendo tales puesto que los milagros conocen también limitaciones. En los últimos diez años comenzaron a aparecer entre nosotros fenómenos extraños, semejantes entre sí, sin recurrir a ningún proselitismo. Cuando uno de esos adelantados de la libertad se entera de la existencia de otro congénere se azora, se ruboriza, se siente inseguro de admitir la común pertenencia a una misma familia, hasta que, resignado al conocimiento del cofrade descubierto, celebra finalmente su canto. La diversidad de trinos, diapasones, florituras, escalas y respuestas melódicas que se han revelado en un mismo tiempo es ejemplar, aunque también lo es que la semejanza entre los cantos suele ser ilusoria. La verdad es que ninguno, salvo los mediocres, desea ser el otro, sino sólo expresarse a sí mismo.

En los más distintos lugares del idioma, en casi absoluta soledad, renuente al concepto de pandilla, sin estruendo alguno, se ha ido gestando un fenómeno anómalo y perfecto: el del escritor que decide no imitar a los demás, ni desea aprovecharse de los recursos de sus ma-

yores ni de sus contemporáneos, fiel sólo a su instinto, que no pretende expresar nada que no sea sino la martirizada o regocijante imagen propia del universo. Es decir, expresar sólo las diversas voces que en su interior lo habitan, y para lograrlo, ha recurrido a dos recursos, uno que conduce a Góngora y a Lezama Lima, la ciencia y la filosofía, la erudición más delirante, la audacia radical en el lenguaje, los ecos de Esquilo, Dante, Quevedo, Mallar-

mé y Joyce, a quienes evocan como signos de sus personales genealogías. Algo que lo caracteriza es no considerar aquel acervo cultural de modo académico, sino como una intensa cercanía, fruto de su curiosidad, por el caldero fáustico. En el otro espacio, aureolado también por una inmensa consideración desde que la escritura existe, el autor juega alegremente con el delirio, el derrumbe de los prestigios y las famas postizas, las hazañas del género chico, la jerga cuartelaria, la astracanada y el bataclán. De la tensión voluntariamente ejercida o fatalmente impuesta por alguna circunstancia sobre esas dos esferas nace una narrativa ex-

cepcional, donde han surgido entre nosotros algunas auténticas obras maestras de este final de siglo. Si alguien apetece ejemplos me es grato proporcionarle algunos: *Aparición del eterno femenino contada por Su Majestad el Rey*, de Álvaro Pombo; *Hijos sin hijos*, de Enrique Vila-Matas; *El castillo de la carta cifrada*, de Javier Tomeo y *Diario de un hombre humillado*, de Félix de Azúa, españoles todos; *La liebre y Cómo me hice monja*, de César Aira, y *Respiración artificial*, de Ricardo Piglia, argentinos; *Los detectives salvajes*, de Roberto Bolaño, chileno; *Esplendor y caída de Lady Murasaki*, del peruano-mexicano Mario Bellatin; *Galaor*, de Hugo Hiriart; *La lenta furia*, de Fabio Morábito y *Memorias segadas de un hombre en el fondo bueno*, de Francisco Hinojosa; también mexicanos. A esta constelación excéntrica y jubilosa que por su energía y originalidad puede compararse con los mejores narradores del *boom* y también a los anteriores a ese complejo fenómeno editorial, se suman dos mexicanos más: Jorge Volpi y Daniel Sada con dos novelas asombrosas: *En busca de Klingsor* y *Porque parece mentira la verdad nunca se sabe*, respectivamente. A esta misma familia pertenece Carmen Boullosa.



Porque la autora de *Treinta años* ha marcado, desde el inicio de sus trabajos literarios, de modo radical su espacio: un lugar propio, intenso, "raro", en el sentido que Darío confería a ese adjetivo, difícilmente parecido a cualquier otro terreno literario. Boullosa sabe ser extrema en su unicidad, ajena a cualquier cadena, reacia a las capillas, descreída de todo canon que pretenda limitarla. Es, al fin de cuentas, una manifestación extrema de la libertad, una suma de retos, de hallazgos y de asombros.

Su mundo favorito es, evidentemente, el de la niñez. Describe los ambiguos prestigios de la infancia, su entorno inescrutable, los vasos invisibles que lo alimentan, las presencias benéficas, las torvas y aún más las perversas. Para entendernos, Boullosa no identifica con el mal la infancia, sino, me parece, como una presencia agobiadora, non-grata, que se entrevera a cada paso y oscurece o ilumina la emoción infantil. En su obra, la infancia significa la verdadera educación sentimental, tal vez la única.

En su segunda novela: *Antes*, publicada en 1989, Carmen Boullosa incorpora en el inicio un magnífico "Nocturno" de Darío. Lo reproduciré íntegramente, del mismo modo que ella lo transcribió como epígrafe a su novela:

Los que auscultasteis el corazón de la noche,  
los que por el insomnio tenaz habéis oído  
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche  
lejano, un eco vago, un ligero ruido...

En los instantes del silencio misterioso,  
cuando surgen de su prisión los olvidados,  
en la hora de los muertos, en la hora del reposo,  
sabréis leer estos versos de amargor impregnados...

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores  
de lejanos recuerdos y desgracias funestas,  
y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,  
y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,  
la pérdida del reino que estaba para mí,  
el pensar que un instante pude no haber nacido,  
y el sueño que es mi vida desde que yo nací...

Todo esto viene en medio del silencio profundo  
en que la noche envuelve la terrena ilusión,  
y siento como un eco del corazón del mundo  
que penetra y conmueve mi propio corazón.

Cualquier línea del poema parecería aludir a alguna circunstancia de *Treinta años*: en su integridad envuelve por entero a esa entidad ante la que se inclina la autora, y



elude tácitamente a su misterio: el lugar visible y a la vez invisible, el lugar apenas conocido, aquel que llevamos dentro y del que sólo nos quedan las migajas, el lugar, por desdicha, para siempre perdido. Ese lugar es nuestra infancia, el embrión inicial desaparecido y recobrado en la memoria, en los sueños, en la sangre, la magia de nacer y crecer en el trópico, el amor, el desamor, la búsqueda de claves para hacerse luz en el laberinto, aquella fortaleza, el búnker irrompible, el enigma de razas, los mitos enemigos, el paso del umbral, la adolescencia y sus terrores consecuentes. Poéticas distintas en un haz de baraja, recursos extraídos de las novelas del realismo mágico y, al mismo tiempo, parodia de los procedimientos para obtener la magia del realismo, las primeras pulsiones del amor, la oralidad en la escritura, la escritura en la voz, la represión, el paso por la cárcel y más tarde el exilio infinito. Los treinta años de Delmira en Europa y su forzada ausencia de Agostini, la pequeña población tabasqueña, el juego literario que estos dos nombres evocan:

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,  
la pérdida del reino que estaba para mí,  
el pensar que un instante pude no haber nacido,  
y el sueño que es mi vida desde que yo nací...

*Treinta años* es un libro espectral: la pérdida del reino, nada menos. En su intensa escritura se produce un oxímoron entre la intensidad y el juego, la gravedad y la ligereza. Todo lo disuelve y congrega la palabra: la necesaria pero imposible reconciliación, la suma de los agravios, la oquedad sonora, la pérdida del reino, la pérdida del reino, la pérdida del reino y varias cosas más. (X)